

# La crítica textual como disciplina filológica

Por Antonio GUZMAN GUERRA (\*)

Nuestro propósito en estas breves páginas no es otro que hacer un somero resumen del contenido y estado actual de la cuestión a propósito de una de las disciplinas más estrictamente filológicas, como es la **crítica textual**. La concisión que para estas páginas nos hemos autoimpuesto, y que nos habrá de conducir en algún momento a una, no sé si del todo admisible, simplificación, queremos que quede contrabalanceada, al menos, con algunos aciertos en la claridad de nuestro método de exposición.

Parece obvio, pues, comenzar con una definición. La **crítica textual** es la ciencia (también el arte juega en ella su parte) que tiene como objetivo procurarnos un texto que refleje el estadio más cercano posible al texto original (si lo hubo) que saliera de manos de su autor o de su secretario, o retrotraernos al menos cuanto sea posible hacia la reconstrucción del (o de los) arquetipo(s), fuente directa de la tradición<sup>1</sup>.

Ordinariamente entiende el filólogo que el testimonio escrito es el objeto propio (y en gran medida casi exclusivo, tratándose de filólogos clásicos) de la ciencia filológica, de ahí que la crítica del texto transmitido sea de vital importancia para nuestro cometido. Pues bien, entendemos que la crítica del texto debe hacerse desde una perspectiva triple:

- a) De una parte, se le ha de poner en relación con la **ecdotica**, esto es, con la historia de la tradición por la que el texto ha llegado hasta nosotros, y esto tanto en el caso de la tradición directa (que es lo más corriente), como en el de la indirecta (textos transmitidos fragmentariamente, mediante citas, versos, pasajes, traducciones, etc.)
- b) De otro lado, la crítica textual debe relacionarse con la legitimación de su proveniencia, es decir, de su **autenticidad**. Estos problemas de autenticidad, como se sabe, son cuestiones a veces muy debatidas, y de hecho, muchos problemas que quedaron como definitivamente resueltos han vuelto a replantearse en nuestros días. Se debe esto a que hoy no tenemos en nuestro campo de la filología clásica muchos más datos que hace uno o dos siglos, pero sí hemos mejorado considerablemente los instrumentos, los métodos: así, hoy conocemos mucho mejor el ritmo y las cadencias de nuestros oradores y prosistas, se aplican proce-

dimientos estilométricos en cuestiones de autenticidad o datación dudosa, se investigan los caminos que la métrica y la prosodia van abriendo, etc. Es cuestión, por tanto, de gran importancia para el crítico textual manejar con soltura y precisión este moderno instrumental.

- c) En tercer lugar, importa al crítico hacer su estudio sobre el texto atendiendo a su veracidad y genuinidad, que es lo que ordinariamente entendemos por practicar la llamada **crítica interna**.

No estará de más, a mi modesto entender, que tengamos siempre presente algunas consideraciones, respecto de las cuales pienso que no es perder el tiempo traerlas a colación. No hemos de olvidar que el largo proceso por el que nuestros textos clásicos han llegado hasta nosotros supone una larga etapa de transmisión manuscrita, lo que equivale a decir, un proceso de *copias a mano* con lecturas variantes, esto es, con *faltas*. Piénsese que en el método de copia va implícita una grave limitación, ya que cada nuevo ejemplar copiado es susceptible de nuevos errores, por tratarse cada uno de ellos de un testimonio singular, aun en el caso de que se trate de copias simultáneas de un mismo texto. De otro lado, la propia dificultad de la empresa: para ejemplificar esta última afirmación me bastará, supongo, con

(\*) Catedrático de I.N.B. Leganés 2, de Madrid.

<sup>1</sup> Para los conceptos de original, arquetipo, prearquetipo, etc., remitimos al libro de Dain, *Les manuscrits*, Paris 1964; también serán de utilidad D. R. Shackleton Bailey, «Recevit et emendavit» en *Philologus* (1964) 102-108; S. Thompson, *Scientific Method in textual criticism. A tribute to W. Headlam, Eirene* (1960) 51-60; R. Marichal, «La critique des textes», en *L'histoire et ses méthodes*, Paris, 1247-1260; O. Luschnat, *Zur Editionstechnik der klassischen Philologen*, 1952 Berlin; O. Stählin, *Editionstechnik*, Leipzig 1914; P. Collomp, *La critique des textes*, Paris 1931; en España hemos de citar a las *Normas de transcripción y edición de textos y documentos*, publicado por el C.S.I.C. 1944; J. Fontini, «Iniciación teórico-práctica a la crítica textual» *Helmantica* (1950) 169-185; así como los más recientes trabajos de M. L. West, *Textual criticism and editorial technique*, Stuttgart 1973, libro breve pero sumamente claro y provechoso; G. Giarratano, «La critica del testo», en la *Introduzione alla filologia classica*, Milán 73-152; F. Bowers, *Bibliography and textual criticism*, Oxford 1954; N. G. Wilson «A chapter on the history of scholia» *CQ* (1967) 244-256, así como L. D. Reynolds-N. G. Wilson, *Scribes and Scholars*, segunda edición corregida y aumentada, Oxford 1974.

recordar lo endiablamente difíciles que son las cursivas de los papiros griegos, hasta el punto de que, por ejemplo, en papirología se acepta sin que nadie se extrañe en exceso por ello, que la primera edición de un nuevo texto papirologico será necesariamente defectuosa, y por ende, efímera, existiendo correctores especiales que el día siguiente de salir el texto, fresco aún de la imprenta, preparan ya la corrección de la edición. Y esto, que hasta cierto punto cabe justificar en los nuevos textos papirologicos, no es raro tampoco en autores editados ya en varias ocasiones.

Hablar de copia es, por tanto, hablar de faltas. Hemos de valorar, sin embargo, que el proceso de copia comprende al menos cuatro etapas sucesivas, susceptibles también cada una de ellas de inducir al error en la copia. Estas son:

1. Se da, cronológicamente en primer lugar, la *lectura del modelo* a copiar; esta lectura resulta a menudo engañosa para el copista que lleva largas horas en su tarea con escasa o débil luz. Así, no es difícil leer Job (máxime si se está familiarizado con el justo y paciente varón) donde lo que pone es el número 106.
2. Sucede luego la *retención del texto*. Influye aquí la propia naturaleza de lo copiado, su densidad, dificultad, terminología, estructura sintáctica, extensión de los períodos frásicos, puntuación del texto, etc.
3. A continuación se produce la fase del *dictado interior* (se nos viene a la memoria el excelente trabajo de T. C. Skeat «The use of dictation in ancient book production». *Proc. Brit. Acad.* 38 (1952), 179-208).
4. Al final interviene el *juego de la mano*, como instrumento de materialización de la acción de copiar.

Son estas las cuatro fases que intervienen en todo proceso de copia, y es en ellas donde puede producirse la falta. Pero, veamos qué es una falta. Falta es toda lección que el autor no ha podido querer escribir. Queda claro, por tanto, que puede haber falta, y de hecho las hay, sin que existan variantes detectadas en testimonios diversos. También la crítica interna nos delata una falta en aquellos casos en que no disponemos más que de un solo testimonio o copia; se trata de casos en que por razones de estilo, métrica, gramática, etc., resulta inadmisibles la lectura que tenemos a la vista.

¿Qué postura cabe adoptar cuando nos encontramos ante un texto insano? Es ésta una cuestión en la que los espíritus se dividen: porque habrá convencidos del conservadurismo a ultranza (es el sagrado respeto ante el testimonio escrito, bajo el que con frecuencia se oculta la más incapacitada ignorancia) y quién será, por contra, del parecer de entrar con todo su instrumental y aparato de su pertrechado zurrón de filólogo a sanar y enmendar cualquier línea medianamente sospechosa. La verdad es que resulta difícil dar recetas teóricas, y mucho más oficiar de corrector. De ahí que creamos debe meditarse la recomendación de Havet: *Nunca se supondrá una falta, sin buscar antes las condiciones que la hayan hecho inevitable, probable o posible. Esta investigación es de suma importancia y constituye para el crítico una obligación ineludible.*

Son varias las clasificaciones de faltas que el filólogo puede elegir entre las del mercado, aunque nosotros estimamos sobremanera la que van Gro-

ningen<sup>2</sup> recoge en su famoso *Traité*, pp. 103 ss.; se puede completar, por lo demás, con algunos trabajos como el de F. W. Hall, *A companion to classical Text*, Oxford 1913, la más moderna de R. Renehan, *Greek Textual Criticism*, Harvard 1969, aunque aún sigue siendo útil el más antiguo de J. Bast, *Commentatio Paleographica*, Leipzig 1811 (cómodamente manejable por su reimpresión de 1970, Olme-Hildesheim), L. Havet, *Manuel de critique verbale appliquée aux textes latines*, Paris 1911, así como *idem*, «La loi des fautes naissantes» *REL*, (1923), 20-60. En estos trabajos se habla de faltas directas, indirectas, auditivas, visuales, debidas a la «parablepsia», a la «paracoustia», por la personalidad del copista, por el modelo, etc. Igualmente aconsejable es el trabajo de E. Vinaver, «Principles of textual emendation», en *Studies in French language and medieval literature presented to M. I. Pope*, Manchester 1939, 331-350. Por lo que atañe al aspecto psicológico de la cuestión es de destacar F. Barloni, «Paleografía e crítica testuale», en *X Congr. int. di scienza stor.* I, 1955; J. Andrieu, «Pour l'explication psychologique des fautes du copiste», en *REL* (1950) 279-291, por terminar, A. E. Laughton «Subconscious repetition and textual criticism» en *CPh XLV* (1950) 73-83.

Mencionaremos a vuela pluma los tipos más frecuentes de errores; así, entre mayúsculas se confunden (€ Θ O C), entre minúsculas (κ, ν, μ), otros se deben a la mala calidad del papiro, pronunciación, *scriptio continua*, por la existencia de cifras, abreviaturas, signos estenográficos, signos de puntuación, por dislocación, formas gramaticales incorrectas, por perseveración o anticipación, por lipografía (omisión), ditografía, amplificación, formas dobles, ignorancia del copista, banalización del texto, por fallos de memoria, versión del griego al latín o viceversa, nombres propios, y un largo etcétera.

No queremos dejar de citar las mejores colecciones de material<sup>3</sup>, en las que de una manera práctica se aprende directamente mucho más que con estas indicaciones teóricas, aunque comprendemos que unas mínimas indicaciones teóricas resultan imprescindibles. Finísima en multitud de ocasiones es la obra de J. Jackson, *Marginalia Scaenica*, Oxford 1955, de enfoque eminentemente práctico, con estudios personales y discusiones de pasajes tradicionalmente problemáticos.

Vamos viendo, pues, que esta disciplina no es cosa de poca monta; antes bien, su objeto requiere conocimientos sólidos no sólo de la lengua y del estilo, métrica, y mil detalles más, sino también de ciertas cuestiones materiales referidas al texto escrito: la materia y la escritura, signos diacríticos y abreviaciones, condiciones materiales y psicológicas, mentalidad y formación, profesión del copista, etc.

Llegados a esta página, muy firme impresión me estoy haciendo de que no hemos logrado sino adelantar algunas ideas previas, por lo que se hace hora de entrar en cuestión directamente ya y sin más preámbulos.

<sup>2</sup> B. A. van Groningen, *Traité d'histoire et de critique des textes grecs*, Amsterdam, 1963.

<sup>3</sup> Nos referimos a las obras maestras de los Bywater, Cobet, Lindsay, J. H. C. Schubert, Madvig, Vahlen, Vollgraff y un largo etcétera.

## ¿EDICION CRITICA / EDICION DIPLOMATICA?

Lo más frecuente es que el filólogo que va a editar un texto se encuentre con varias copias manuscritas de dicho texto (que pueden llegar, incluso, a constituir legión en los casos de Homero, Nuevo Testamento, y algún caso más). ¡Pues tanto mejor! porque es más fácil detectar las faltas por comparación de los diversos testimonios que si disponemos de un testimonio único. En este trance, pues, son dos las posibilidades que quedan al editor: o se edita con toda fidelidad el texto de un solo manuscrito, el que a nuestro juicio ofrezca las mayores garantías (y esto es lo que se llama una EDICION DIPLOMATICA<sup>4</sup>, o bien se cotejan los diversos manuscritos disponibles (seleccionando previamente los mejores, según las técnicas propias y que luego veremos) indagando qué texto es el que mejor reproduce el del arquetipo; en este caso hablaremos de una EDICION CRITICA.

Razones hay, según los casos, para preferir un tipo u otro de edición. Para ciertos textos resulta más útil una buena edición diplomática, pero para otros es indispensable una edición crítica. Así, los medievalistas (no es nuestro caso) tienen razón en preferir la edición diplomática para muchos de sus textos, básicamente porque al tratarse de documentos de un valor excepcional (por ejemplo, en el caso de los cantares de gesta y romances medievales) interesará al lingüista más que a nadie este tipo de edición. Dejemos, sin embargo, este tipo de ediciones porque no es el que atañe por lo común al filólogo clásico. Hoy todo el mundo parece estar de acuerdo en que para nuestros textos es preferible la edición CRITICA, porque no creemos en la existencia de un manuscrito óptimo que anule o invalide a los demás, pero, sobre todo, porque nuestros métodos se han demostrado extraordinariamente capacitados para un tipo de edición más depurada, más filológica, como es la EDICION CRITICA.

Pues bien, si estamos todos de acuerdo en la necesidad y conveniencia de hacer ediciones críticas y no diplomáticas, donde surgen las divergencias es en la metodología a seguir.

## METODOLOGIA PARA UNA EDICION CRITICA

Desde luego, hay algunas operaciones básicas que son imprescindibles; por ejemplo, hay que hacer una somera consideración cronológica que nos permita ordenar los manuscritos según la descripción externa de los mismos (atendiendo para ello al tipo de letras, tamaño, estado de conservación, etc.); seguirá una descripción interna, que nos conducirá a una ordenación ya más meditada, para llegar a una clasificación sistemática que nos indique las relaciones que nuestros manuscritos guardan entre sí, es decir, la confección de un *stemma*, bien que últimamente esta cuestión se halle en revisión.

Son tres, por consiguiente, las etapas que el editor debe recorrer:

1. *La recensio*: o descripción material, atendiendo a la descripción exterior e interior, que nos aportará algunos datos sobre la cronología y dependencias del manuscrito sometido a examen.
2. Se procederá luego a la *collatio* o valoración del material, primeramente del manuscrito, y luego de cada lección particular del mismo.

3. En tercer lugar, y si procede, se acudirá a la *emendatio*.

Veamos algo más pormenorizadamente las fases de este proceso: a) *la recensio*: en este primer paso encontramos la orientación de aquellos filólogos, los *metódicos*, que desconfiando de todo subjetivismo quieren disponer de una argumentación objetiva, de férrea aplicación, mecánica, algo, como se ve, por completo ajeno y extraño a lo que debe ser un buen filólogo. Recurren por ello a la formulación precisa de determinadas leyes por las que intentan encauzar todas las dificultades que se les puedan ir presentando. Buscan ante todo la familia o el códice óptimo que las evite todo compromiso de posterior decisión. Mecánicamente aplican sus postulados: *lectio melioris codicis potior, lectio plurimum codicum (classium) potior, lectio antiquior potior*, etc. No vamos a negar nosotros lo que de razonable hay en estas reglas (bien que existen buenos y abundantes ejemplos en que una por una, todas ellas aparecen conculcadas), pero si hemos de manifestar que no es admisible anteponer la autoridad absoluta de alguna de éstas cuando el estilo, el género, el contexto o el *usus* del escritor aconsejan otra cosa. Sólo mencionaremos el caso de Poppo cuando clasificaba los manuscritos, primero por *genera (g. praeclarum, genus et ipsum praestans, g. mediocre, g. depravatam, etc.)* para establecer luego una limpieza de sangre dentro de cada familia (*omnium optima, bona, aliquando deterior, etc.*). Más moderado en su proceder fue Lachmann, padre de la *stematica*<sup>5</sup>, con aportaciones sumamente valiosas a la crítica, transmisión e historia de los textos. Su método fue el METODO DE LAS FALTAS COMUNES, método que se difundió el pasado siglo mediante el enunciado de reglas relativamente simples:

- a) El acuerdo de dos o más manuscritos en una misma falta (como el de dos testigos que se ponen de acuerdo para decir la misma mentira) es prueba de su parentesco.
- b) A efectos de establecer relaciones de parentesco, sólo serán válidos aquellos errores o faltas que difícilmente hayan podido surgir de forma independiente en más de un códice (es lo que se llama errores relevantes o significativos).
- c) El manuscrito copia (hijo) será aquel que contenga todos los errores del padre, más algún nuevo error que el propio copista haya podido introducir.

Estos principios son, sin embargo, complicados; piénsese que el manuscrito «padre» puede tener errores propios corregidos luego durante el proceso de copia por los hijos; que es preciso encontrar faltas de las que con certeza podemos afirmar que no han podido cometerse independientemente; además, resulta difícil decidir cuándo una falta es un *error paralelo* y cuándo no.

<sup>4</sup> Si seleccionamos lo más selecto, hemos de citar F. Masai «Principes et conventions de l'édition diplomatique» *Scriptorium* (1950) 179-193; *idem* «Paléographie et codicologie» *ibidem* 279-293.

<sup>5</sup> Con todo, las limitaciones del método de Lachmann son graves. Piénsese que los casos de transmisión horizontal son los más frecuentes, dando lugar al fenómeno de la «contaminación», con lo que queda invalidado el *stemma* según Lachmann lo concibiera.

Más adelante volveremos sobre las objeciones al método lachmaniano de confeccionar el *stemma* (fundamentalmente por parte de Bédier, Don Quentin, o el testimonio de los papiros «eclécticos») pero digamos antes que aún hay otros sistemas de confeccionar un *stemma*<sup>6</sup>. Me refiero, por ejemplo, al método propuesto por A. C. Clark, *The descent of manuscripts*, Oxford 1918 (reimpreso 1969), que propugna una clasificación por procedimientos externos al texto: la ornamentación, el tipo de letra, la división en capítulos, el número de líneas, la aparición de lagunas en el texto, etc. Con todo, y por muchas dotes de detective que se posean (es ya tradicional recordar el caso de Dodds indagando el recorrido de la polilla en el manuscrito F platónico —Cf. *JHS*, 1957, pág. 26 ss— para descifrar el número de líneas, letras por línea, etc.) este método difícilmente puede precisar mucho, y se muestra con frecuencia inadecuado para explotar los matices de las relaciones entre manuscritos.

Otra nueva posibilidad ofrece la orientación de Dom Quentin, quien primero en su *Mémoire sur l'établissement du texte de la Vulgate*, Roma 1922, y más tarde en *Essais de critique textuelle*, Paris 1926, expuso sus nuevas ideas. Se trata de hacer unas fichas de variantes insignificantes de los manuscritos sin atender al concepto tradicional de falta. Se buscan luego *intermediarios*, comparando los mss. de tres en tres, dando al cero el valor de que es él el intermediario entre A y C, puesto que A y C no contiene lección alguna que no se encuentre también en él. Combinando así los distintos «ceros» obtenidos se traza un *stemma* completo que nos conduce al arquetipo. Este método goza de la ventaja de poder utilizar las nuevas máquinas electrónicas, con el consiguiente ahorro de tiempo en su tratamiento<sup>7</sup>.

Como antes adelantábamos, pronto surgieron críticas y objeciones serias al método de las faltas comunes preconizado por Lachmann. La más conocida, tal vez, sea la que hizo el medievalista Bédier al notar que de 80 *stemmata* hechos por editores de textos medievales franceses 78 eran bifidos.

¿Se trata de que la realidad es así, o de que bajo esta aparente igualdad se esconde *latet anguis in herba* algún defecto metodológico? El trabajo que desencadenó el conflicto fue «La tradition manuscrite du "Iai de l'ombre", en *Romania* LIV, 1928, 621 ss. Luego saltaron a la palestra las discusiones de Maas, Pasquali, expuestas en sus magistrales obras, y posteriormente J. Andrieu «Principes et recherches en critique textuelle» en *Memorial des Et. Lat. offert à J. Marouzeau*, Paris 1943, 458 ss.; J. Fourquet, *Le paradoxe de Bédier*, Univ. de Estrasburgo, fasc. 105, Paris 1946; J. Irigoin, «Stemmas bifides et états des mss.» *R.Ph.* 80, 1954, 211 y ss. Llega a concluir este último autor que la frecuencia de *stemmata* bifidos es muy grande, pero que en un grupo de tres, de los cuales ninguno es el modelo de otro, la relación de probabilidad de que el *stemma* sea bifido es de 9 a 1, frente a la de que pueda ser trifido; además, cf. W. Hering, «Zweispaltige Stemmata» en *Philologus*, 1967, 170-185; A. Kleinlogel, «Das Stemmaproblem» *Philologus*, 1968, 63-82; F. Whitehead-C.E. Pickford, «The two branche Stemmas», en *Bulletin Bibl. de la Soc. Inter. Arturienne*, Paris, 1951, 89 ss.; S. Timpanaro, *La genesi del metodo del Lachmann*, Florencia 1963, y dos años más tarde, *idem*, «Ancora su stemmi bipartiti e contaminazione» en *Maia* XVII, 392-399; por no hacer este elenco interminable, dejaremos de citar

trabajos sumamente importantes a cargo de Dain, Grassi, Alberti, etc.

En resumen, a esta paradoja de Bédier, que él tan irónicamente plantea: (*«Dans la flore philologique il n'y a d'arbres que d'une seule essence: toujours le tronc se divisse en deux branches maîtresses, et en deux seulement... Un arbre bifide n'a rien d'étrange, mois un bosquet d'arbres bifides, un bois, une forêt? ¡Silva portentosa! ¡»*) cabe responder que es totalmente inútil preguntarse qué probabilidades tienen tres códices supervivientes (de entre un número indeterminado) de pertenecer a un *stemma* bifido o tripartito; se trata de un auténtico problema insoluble ya que todo depende de la consistencia originaria de la tradición. Es fundamental, por tanto, proponer el problema especificando no sólo el número de testimonios conservados, sino también el de los mss. originariamente existente para llevar a cabo un cálculo de probabilidades más ajustado. De todas formas, y a pesar de la relativa abundancia de *stemmata* trifidos y de más ramas, es bien cierto que Bédier sigue teniendo alguna razón, toda vez que los bifidos siempre siguen siendo más numerosos.

El método de las faltas comunes de Lachmann se encontrará todavía con un grave escollo: se trata del llamado eclecticismo de los papiros. El problema es el siguiente: los papiros parecen remontarse a textos que coinciden a veces con la familia A, a veces con la B, y a veces tienen sus propias lecciones. Desde este punto de vista se dice que los papiros manifiestan un comportamiento ecléctico (salvado el anacronismo); ahora bien, este eclecticismo ¿anula la tradición de Lachmann, o por contra implican una contaminación ya temprana, con lo que se nos viene abajo la posibilidad misma del método de Lachmann?

Por lo que hemos apuntado sumariamente sobre la *recensio* se ve la importancia que los códices tienen en la preparación de una edición crítica. Pero el crítico también puede servirse de la tradición indirecta, de las traducciones latinas, toda vez que el texto que utilizara el traductor en su época ha podido no llegar a nuestros días. Estoy refiriéndome a casos como el del famoso manuscrito de Páez de Castro, sobre el que nuestro ilustre médico segoviano, doctor Laguna, emendó más de setecientos pasajes corruptos, desapareciendo posteriormente (en el incendio de El Escorial, en 1671) dicho manuscrito. Es éste un problema (y se nos perdonará la cita refleja) que ha sido objeto de un trabajo nuestro<sup>8</sup>. De modo similar, en algunas traducciones modernas hechas por especialistas podemos detectar lo que se llama *conjetura latente*, hecha por el traductor.

Cabe una segunda postura, frente a la de los *metódicos*, a la hora de encarar la etapa de la *recensio*, es la de los llamados *eclécticos*: para ellos la crítica textual es cuestión subjetiva, de buen gusto y sen-

<sup>6</sup> Cf. P. Maas, *Textkritik*, Leipzig 1950 (hay edición italiana de 1966); van Groningen, *Traité*, 103-110.

<sup>7</sup> Ni que decir tiene que las publicaciones en este campo han prosperado últimamente, Dom J. Froger, *La critique des textes et son automatisation*, Paris 1968; H. Love, «The computer in literary and linguistic research», ed. R. A. Wisbey, Cambridge 1971, 47-56; B. Bischer, «The use of computers in New Testament studies, with special reference to textual criticism» *JTS* (1970) 279-308; O. W. Ott, «Computer applications in textual criticism», en *The computer in literary studies*, ed. A. J. Aitken, Edimburgo 1973, 199-223.

<sup>8</sup> El trabajo nos fue sugerido por el profesor Lasso de la Vega, y lleva por título *El Dioscórides de Laguna y el manuscrito de Páez de Castro*, Madrid, 1978.

tido común, pensando algunos de ellos que no merece la pena ni siquiera intentar la clasificación de manuscritos en un *stemma*, tarea que se les antoja poco menos que un desideratum. He de apuntar, el respecto, que esta práctica de fiarse más de la propia *divitio* que de los testimonios manuscritos es asunto reservado sólo a los espíritus más dotados, a aquellas inteligencias (tan escasas) que suman a su connatural don la larga experiencia del manejo diario de los textos. En caso contrario, mejor abstenerse. Es cosa de lunáticos.

*La collatio.* Efectuada la *recensio*, y después de haber eliminado los *códices descripti*, importa ahora pasar a la valoración de lecturas una por una. Esta valoración del material conocida como *collatio* se efectúa mediante ciertos procedimientos de elección, bien entendido que tampoco se trata de un ciego principio mecanicista, sino que hace falta mucha salsa intelectual para cocinar este exquisito plato. Especial cautela requiere esta fase, porque ahora elegimos las lecturas que van a pasar, primero provisionalmente y luego, de modo definitivo, a nuestro texto editado. Algunas de las reglas que nos han de servir tienen enunciados un tanto sentenciosos y las damos ahora sucintamente enunciadas:

1. *Lectio antiquior potior*; aunque el criterio cronológico falla en no pocas ocasiones.
2. *Lectio melioris codicis potior (melioris classis)*. Al final de la aplicación de esta regla subyace la idea del *codex optimus*. A veces se encuentra, a veces no existe.
3. *Lectio plurium codicum (classium) potior*. También es relativa.
4. *Lectio difficilior potior*. Formulada por Griesbach en 1796, se basa en la tendencia observada a la vulgarización del texto.
5. *Lectio brevior potior*. Aunque se deberá atender también al estilo del autor.
6. *Lectio quae alterius originem explicat potior*. En definitiva no es más que una explicitación de la ley primera.
7. *Lectio non repetita potior*. Que sin ser principio absoluto, es también digno de tenerse en cuenta.

Con todo, las más de las veces, al crítico no le resultan útiles estas reglas por encontrarse ante dos variantes igualmente posibles. Entonces no queda más que la decisión subjetiva, de «olfato» filológico para inclinar la balanza en uno u otro sentido; de ahí que en ocasiones la elección de variantes dependerá del temperamento, de la sensibilidad poética, o del gusto estético del editor.

*La emendatio*; cuando la tradición nos ha legado una lectura que, después de un diagnóstico meditado, se califica de errónea, no cabe más que el difícil arte de la conjetura, esto es, corregir el texto transmitido. Es ésta cuestión la más fina que se le puede exigir al filólogo. También en este apartado hay tendencias o predisposiciones: de quienes (aun admitiendo que el texto no está sano) prefieren no intervenir y señalan con la *crux philologica* el pasaje, y por contra, quienes creen preferible aventurar una meditada solución.

Ha habido momentos en el correr de los años de

nuestra vieja filología en que ha primado la tendencia a la corrección (el segundo tercio del pasado siglo), recurriendo en exceso a la *emendatio per coniecturam et divinationem*. Todos recordamos el lema de Bentley «*Nobis et ratio et res ipsa centum codicibus potiores sunt*», pero, ojo, que no todos somos Bentley.

Para que una conjetura tenga visos de ser admisible, parece que por lo menos debe reunir dos características: a) una probabilidad paleográfica, bien que se trata de un requisito meramente externo. No se tratará por tanto de un requisito absolutamente indispensable; es más, muchas de las más brillantes y acertadas conjeturas en nada atendieron este principio de similitud formal. Y es que ocurre en ocasiones que por no querernos apartar mucho de la similitud formal no se hace más que vulgarizar aún más el texto, apoyándose en la muleta de la similitud formal de las letras.

No podemos predicar en este capítulo la abstinencia a ultranza por temor al texto escrito, pero tampoco la conjetura a la ligera, porque de éstas ya tenemos un muy nutrido repertorio que a lo largo de los siglos se ha ido acumulando. Piénsese que el dato de los papiros nos echa un jarro de agua fría sobre el éxito de las conjeturas. Por ejemplo, dice Dawe en su repertorio de conjeturas de Esquilo que de 20.000 conjeturas propuestas hasta Weicklein, hay tan sólo confirmadas VEINTE. Sobran comentarios.

Cumplidas estas tres etapas, dispondrá ya el editor de un texto de garantías. Sin embargo, cada día se progresa más en el conocimiento de la HISTORIA DE LOS TEXTOS, y los increíbles avatares que a lo largo de los siglos han sufrido muchos de ellos. No pocos son los autores que disponen ya de algún trabajo monográfico dedicado a esta problemática. Desde 1971 ha empezado a editarse la *Révue d'histoire des textes*, dedicada a estos pormenores.

\* \* \*

No podemos terminar estas breves reflexiones sin manifestar sincero agradecimiento a quien es nuestro maestro en estos estudios y formación de filólogo, e iniciador también de nuestro interés por esta disciplina desde mis años de estudiante, y bajo cuya tutela también hemos dado nuestros primeros pasos —vacilantes, eso sí, como todos los comienzos— en el estudio de estos temas. Por esta gratitud que le profeso, y porque el valor intrínseco de sus palabras lo merecen, quiero terminar con una cita literal del Profesor Lasso de la Vega, por entender que ellas serán el mejor colofón de estas breves notas:

«Las lecturas de las introducciones y tratados de crítica textual no bastan para que el estudiante de estas materias se convierta en un buen editor. Mucho más útil le será, desde luego, el manejo reflexivo de las grandes ediciones antiguas y modernas y, también, el de las memorias y misceláneas que recogen el buen saber hacer de los grandes maestros. A las *Varias lectiones* de C. C. Cobet, los *Adversaris Critica* de P. P. Dobree o de Joh. Nic. Madvig, los *Opuscula Academica* de J. Vahlen, tantas y tantas páginas de crítica de Wilamowitz o Eduardo Schwartz...».